

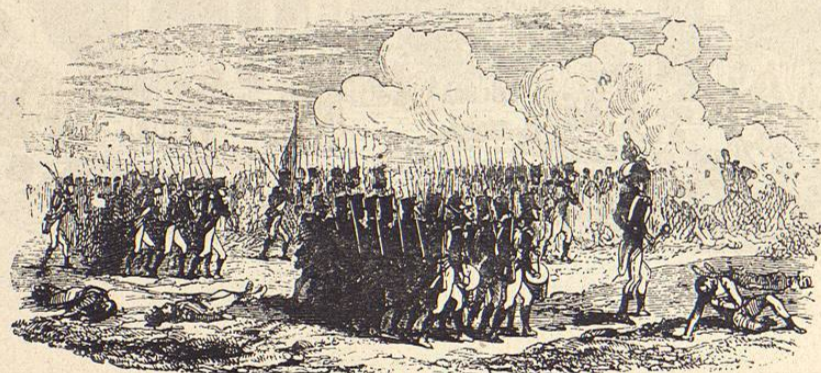
por la noche de la batalla de Austerlitz, sino sobre Hungría, lo que, según todas las apariencias, le salvó de un desastre todavía mayor.

Los rusos habían perdido 21.000 hombres entre muertos y heridos; los austriacos cerca de seis mil; ciento treinta cañones y un número infinito de banderas habían quedado en manos de los franceses. Las pérdidas de éstos, según las evaluaciones más probables, fueron de cerca 8.500 hombres, pues no se puede ver más que un disimulo de los más pueriles en la cuenta que contiene á este efecto uno de los boletines del emperador, que da 800 muertos y 1.500 heridos.

Jamás Napoleon había conseguido una victoria más decisiva. Debemos también decir, que jamás había sido mejor servido por las faltas de sus adversarios; pero llevar al enemigo á cometer faltas es la

mitad del genio de la guerra; y en esto sobresalía. La victoria de Rívoli había sido tan brillante por la seguridad y precisión de las maniobras, pero los resultados habían estado lejos de igualar los de Austerlitz. Sus consecuencias inmediatas equivalen casi á la destrucción de la coalición europea que se encontraba reducida á la impotencia por mucho tiempo. En cuanto á sus resultados remotos, hubiesen podido ser todavía más satisfactorios si una política detestable no hubiese sin cesar venido á poner en cuestión los éxitos obtenidos por ese prodigioso genio militar.

Pero hasta el fin de su carrera Napoleon debía probar con su propio ejemplo que hay un arte todavía más raro y más difícil que el que consiste en saber usar de la victoria, y es el arte que enseña el secreto de no abusar de ella.



## CAPITULO VIII

### PAZ DE PRESBURG

Humillación del emperador de Austria.—Armisticio entre Austria y Francia.—Ratificación Rusia.—Situación del ejército ruso.—Los boletines de Napoleon.—Falsedades é injurias.—Plan político de Talleyrand.—Recházalo Napoleon.—Sus pretensiones.—Entrevista de Napoleon y Haugwitz.—Situación angustiosa de Haugwitz.—Procura Napoleon engañarle.—Si Haugwitz se dejó engañar.—Ofrece Napoleon á Prusia el Hannover.—Tratado de Schoenbrunn: 15 de Diciembre de 1805.—Trasládase las negociaciones para la paz con Austria de Brinn á Presburg.—Exigencias de Napoleon.—Tratado de Presburg.—Licencia el archiduque Carlos su ejército.—Recíbese en Berlín el tratado de Schoenbrunn.—Embarazosa y crítica situación de Prusia.—Situación de Baden, Wurtemberg y Baviera.—Desprestigio de sus soberanos.—El nuevo rey de Baviera.—Proyectos de alianzas matrimoniales.—Matrimonio del príncipe Eugenio.—De Estefanía Beauharnais.—El caso del príncipe Jerónimo.—Lo que debía ser el imperio según Napoleon.—Federación de reinos.—Los pueblos y los reyes.—Cómo trataba Napoleon á los pueblos.—Ocupación de Nápoles.—Cómo la explicó á Europa.—José Bonaparte, rey de Nápoles.—Francia, Italia y el papado.—Pide Napoleon al Papa la disolución del matrimonio de Jerónimo.—Niégase el Papa.—Napoleon y Pío VII.—Desaciertos del Papa.—Cómo trabajó en su daño y engrandeció á Napoleon.—Reconviene Napoleon al Papa.—Cómo entendía Napoleon proteger la Santa Sede: 7 de Enero de 1806.—Contestación del Papa: 29 de Enero.—Sus reclamaciones en favor del patrimonio de San Pedro.—Declárase Napoleon al Papa, emperador de Roma.—Amenaza al Papa: 13 de Febrero.—Pide Napoleon que se expulsen de Roma á todos sus enemigos.—Ordena á José que sostenga su reclamación.—Causa verdadera del enojo de Napoleon.—Aplaza Napoleon la expulsión del Papa de Roma.



El día siguiente de la batalla de Austerlitz, —continúa diciendo Lanfrey,—el emperador Francisco pidió una entrevista á su vencedor. General sin ejército y soberano sin Estados, ese príncipe no tenía otro refugio que Hungría, que, el archiduque, su hermano, estaba ya fuera de estado de poder defenderse contra los franceses. Presentóse en el vivac de Napoleon, y en su persona humilló diez siglos de grandeza, de potestad y de orgullo delante de ese recién venido embriagado con su triunfo; obtuvo por gracia un armisticio cuya primera condición era que separaba para adelante, desde aquel momento, su causa de la de Alejandro, y que los rusos evacuarían inmediatamente sus Estados por jornadas de etapas.

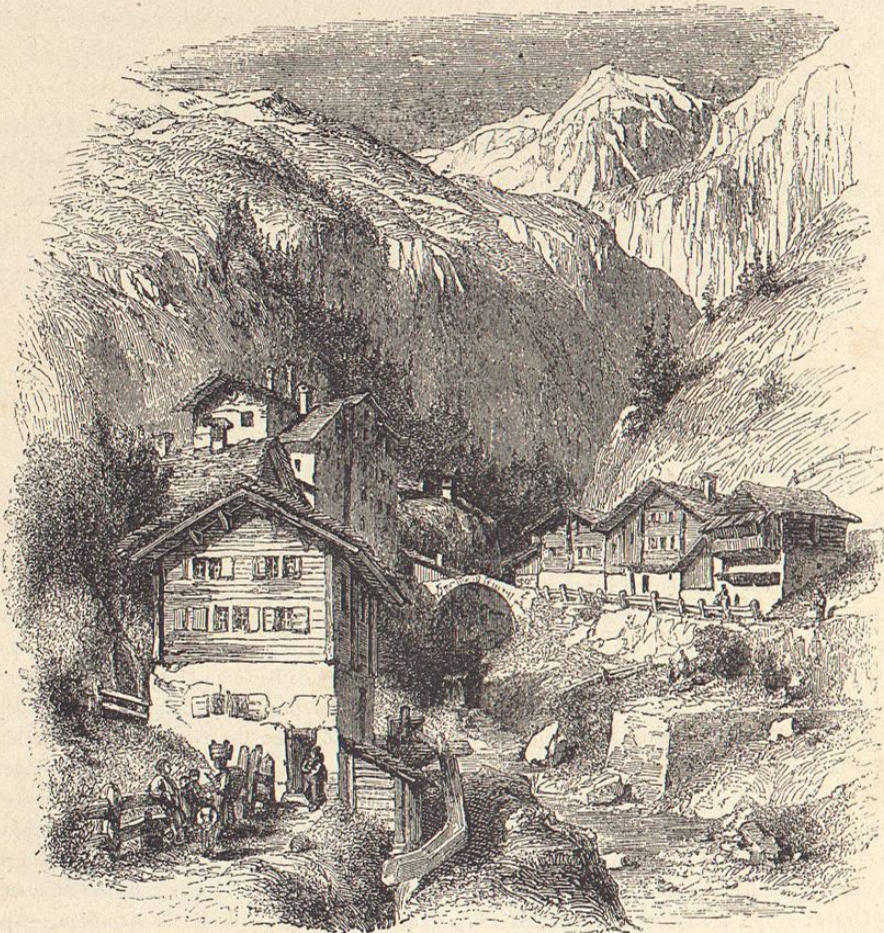
Alejandro, disgustado de su papel de generalísimo, y con la imaginación llena de las escenas de horror á que había asistido, ratificó diligente una convención que le absolvía, á ruegos mismos de su aliado, de todas sus obligaciones para con Austria. Encontrábase á la sazón el tsar en Holisch, más allá del Morava. Se ha dicho, bajo la fe de un Boletín de Napoleon y de una fanfarronada de Savary, que ese príncipe estaba en una situación tan desesperada que debió en esta ocasión su salvación á la magnanimidad de Napoleon. Pero esta magnanimidad aparece desde luego muy discutible, pues, en primer lugar, Napoleon concediendo el armisticio ignoraba totalmente la posición real de los rusos; hasta tenía motivos para creer que era realmente mejor de lo

que lo era, puesto que los había hecho perseguir por una dirección opuesta á la que habían seguido; en segundo lugar la retirada de Alejandro estaba cubierta por un ejército el cual, á pesar de sus pérdidas, era todavía mucho más fuerte que las dos divisiones con las cuales Davout se preparaba á asaltar á Gueding para disputarle el pasaje del Morava.

Por lo demás, el mismo Napoleon que escribía en

su Boletín XXXI, «que no habría podido escapar ni un solo hombre del ejército ruso,» era menos afirmativo en sus cartas particulares, en las que se contentaba con decir que Alejandro «difícilmente hubiera salido de su posición,» lo que en modo alguno significa lo mismo.

El objeto de semejantes aserciones es sobrado evidente para que se puedan admitir sin examen.



Pasos de los Alpes.—El Splügen

Los boletines de Napoleon se convertían cada vez más en una especie de manifiestos dirigidos ya no al ejército francés sino á Europa entera, y en los cuales cada palabra estaba calculada para influir en la opinión pública, en el sentido de las pasiones y de los intereses del emperador.

Aquí su intención de desconsiderar un ejército valiente si bien desgraciado, exaltando á la vez su generosidad, es evidente, y sólo se pueden engañar los complacientes. Otro tanto debemos decir de las palabras que presta al emperador de Austria en la relación de su entrevista con ese soberano: «Francia,—le hace decir,—tiene razón en su querrela con

Inglaterra... los ingleses son mercaderes que ponen fuego en el continente para asegurarse el comercio del mundo.» Suponiendo verídica esta divulgación de una conversación confidencial no era solo una indiscreción poco generosa cometida con la idea de enmarañar á Austria con Inglaterra, sino que era una torpeza, pues iba directamente contra su fin dejando transparentar los motivos que la habían inspirado.

Los actos de barbarie, las horribles devastaciones que Napoleon atribuía calumniosamente al ejército ruso en el territorio austriaco, los elogios desmedidos prodigados al príncipe Juan de Liechtenstein

partidario de la alianza austro-francesa, en perjuicio de Cobentzel, el campeón de una política nacional, á de Haugwitz, cuya venalidad era tan conocida en detrimento del íntegro Hardenberg á quien osaba acusar públicamente de «no haber sido inaccesible á la lluvia de oro,» porque se mostraba celoso del honor y de la dignidad de su país, todas esas maniobras tan variadas no tenían mas que un solo y mismo móvil, sembrar los odios y las divisiones entre los hombres y los pueblos que había tenido que

combatir. Pero esos soberanos, esos hombres de Estado, esos diplomáticos no eran novicios hasta tal punto que no hubiesen oído nunca citar el adagio: *Divide et impera*; por un instante podían temer ser víctimas de los engaños que se ponían en juego para desunirlos, pero con un deseo de reconciliación tanto más vivo cuanto que se les imponía la humillación de una mentira que no podía engañar á nadie.

Napoleon no tuvo otra regla de conducta en las



Peschiera.—Italia

negociaciones que se abrieron á consecuencia de la batalla de Austerlitz. Esta vez como no se trataba ya de satisfacer rencores personales sino de resolver cuestiones diplomáticas del más alto interés, la máxima dividir para reinar era de todo rigor, y él hubiera podido practicarla con grandes probabilidades de éxito, si hubiese sabido imponer algún freno á sus insaciables pretensiones. Su primer cuidado fué de separar los negociadores y de tratar de la paz con cada Estado por separado, conducta hábil que impedía toda inteligencia y toda acción común entre los vencidos de la coalición. Después de haber separado á Austria de Rusia, se apresuró á separarla de Prusia. Tres días antes de la batalla, de Haugwitz había ido á su campo para significarle el ultimatum de Prusia, y Napoleon le había despedido para Viena defiriendo su respuesta para momento

más oportuno; ahora que Prusia había sido vencida sin combatir, ahora Napoleon se reservaba tratar personalmente con de Haugwitz. En cuanto á la negociación con Austria, la confió á Talleyrand exigiendo que se siguiera en Brünn y no en Viena.

Talleyrand permanecía fiel á las prudentes ideas que había expresado en su Memoria de Strasburg y después en sus cartas particulares; quería que se usase de la victoria con moderación y hasta con generosidad. Aconsejaba á Napoleon que se mostrase clemente con Austria. Cuanto más completo había sido su triunfo, mas esta conducta, según él, se hacía fácil y política, pues tenía tantas más probabilidades de ganarle las simpatías de dicha potencia cuanto que íbamos á levantar á un enemigo de su mayor miseria.

Que á Austria se le quitasen Venecia y sus posesiones